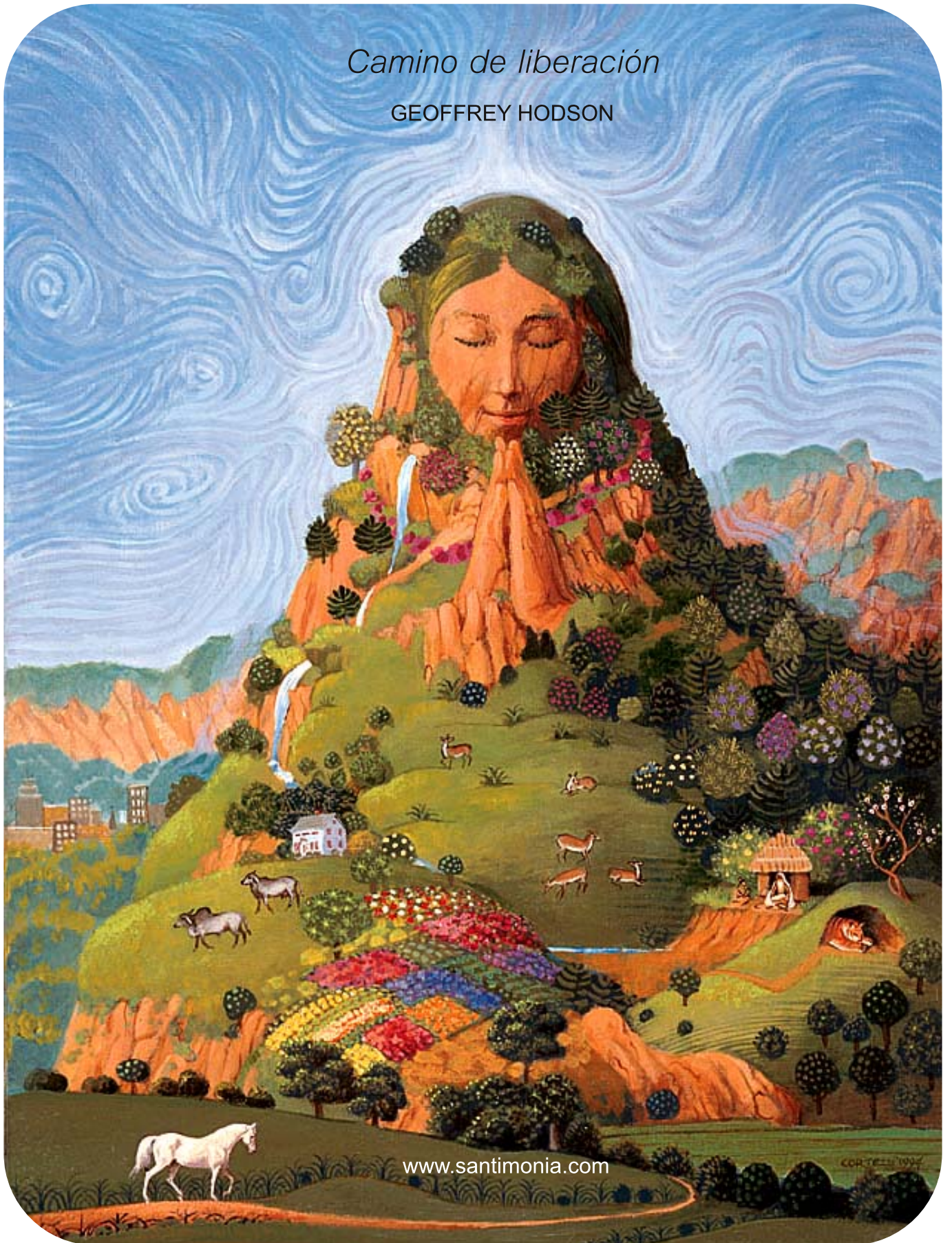


Camino de liberación

GEOFFREY HODSON



www.santimonia.com

COPIES 1997

CAMINO DE LIBERACIÓN

Una de las grandes necesidades de la época presente es un sistema regular de pensamiento reflexivo y de propio entrenamiento espiritual para todos los hombres. Esta parece ser la solución, en realidad la única solución, de los problemas del día, no solamente para aquellos que aspiran a una vida espiritual elevada, sino también para los dirigentes y pueblos de todas las naciones del mundo.

En Occidente estamos inmersos en una febril actividad y vivimos en tal estado de ruido, excitación y persecución egoísta del placer que hemos olvidado completamente las realidades internas. En este hecho se encuentra la explicación de todas las dificultades del mundo. La naturaleza, sin embargo, nos conducirá indefectiblemente como el jinete guía a su caballo, si nosotros no cambiamos totalmente el método y propósito de nuestras vidas. Los cataclismos, las guerras y las contiendas sociales y obreras que son la característica de nuestra época, no son otra cosa que advertencias de la naturaleza a fin de que nos detengamos en nuestro camino y volvamos nuestra atención en dirección de la vida.

La práctica de la meditación es uno de los caminos para liberarnos de las molestias, tristezas y dificultades de la vida; precisamente la liberación que todos los hombres buscan. Para que sea completa y perdurable esa liberación debe serlo en un triple sentido. En primer lugar, tenemos que liberar a nuestros propios poderes internos.

Aquellos que aspiren a la vida espiritual no deben esperar la presión de las circunstancias externas para despertar ese poder innato; sino que deben aprender a liberarlo y a utilizarlo deliberadamente. La meditación es el medio para alcanzar esa liberación.

Hay una segunda clase de liberación. Detrás y por encima de aquello que hemos desarrollado, está el poder divino, que es nuestra existencia real. Es la fuerza de nuestra Divinidad inherente. Es el Dios que nosotros mismos somos. Mientras nuestra atención esté dirigida hacia fuera, a lo externo, a lo temporal y a lo cambiante, el Dios dentro de nosotros permanecerá dormido. Está en nuestras manos despertarlo conscientemente y liberar ahora nuestras posibilidades divinas. Si queremos alcanzar la meta es indispensable que lo hagamos así. Necesitamos todos nuestros poderes y la experiencia que

poseemos para alcanzar con seguridad la “otra orilla” en este período de la evolución humana.

Consolémonos, sin embargo, recordando que no tenemos que crear energía. Lo único que hemos de aprender es a liberarla. La ciencia ha descubierto en un simple átomo fuerzas tan grandes que si se liberasen destruirían un continente. ¿Cuál no ha de ser, pues, el poder del alma humana?. En cada uno de nosotros hay una energía incalculable. Cada uno de nuestros cuerpos, oculta una parte de energía de la que aquí, en el plano físico, se manifiesta muy poca. El primer paso hacia la segunda liberación es tratar de comprender en qué consiste este poder; seguirlo paso a paso hasta su origen; encontrar nuestro camino hacia lo interno a través de los cuerpos que velan su luz, pasar más allá del cuerpo emocional al mental, por el mental al Ego, donde encontramos poder, paz y gozo más allá de toda comprensión humana. En realidad, no hay límite en cuanto a las alturas a que podemos aspirar. Podemos llegar a lo más íntimo del corazón del Logos y sumergirnos en él. Esa es, en realidad, la meta de la meditación: el descubrimiento de la Fuente del Poder y la unión con ella.

En tercer lugar, ¿No buscamos liberarnos de las tristezas y dificultades de la vida, de la naturaleza imperfecta de la existencia humana, llena de un sufrimiento que parece inacabable, y con una poca felicidad, que parece insegura?. ¿No caminamos a tientas en un mundo donde el dolor parece predominar, buscando siempre placer constante sin encontrarlo?. Buscamos liberarnos del dolor, la tristeza y la incertidumbre; buscamos un bienestar que sea eterno y una tranquilidad que sea inalterable; buscamos, en una palabra, la liberación eterna.

Hay un medio de escapar de las penas de la vida terrenal, de sus limitaciones, de la sensación de incapacidad, de la sensación de tener poderes que no podemos expresar y de los desengaños que continuamente se nos presentan en la vida. Este medio es aprender pronto las lecciones que el dolor y las tristezas enseñan y recogerlos en nuestro interior, alejándonos de ellos hacia el corazón de la realidad.

Esos males tienen, naturalmente, su utilidad, son nuestros maestros. Los venceremos alejándonos de ellos, no luchando continuamente contra ellos. Este último método se viene practicando desde edades sin cuento y todavía falla. No nos protegemos de esos males resistiéndolos, pues al hacerlo intensificamos su poder y nos ponemos más completamente bajo su dominio. Debemos distanciarnos de todas las dificultades hasta que las veamos en su debida perspectiva, como sombras efímeras, proyectadas por nuestra

personalidad en la pantalla del tiempo y del espacio. Hemos de dejar de mirar la multiplicidad de sombras y encarar la Luz única. Esta gran “conversión” se consigue por medio de la meditación. Con el pensamiento debemos seguir nuestro camino hasta el verdadero centro de nuestro ser. Allí encontraremos la luz eterna brillando. Allí encontraremos la paz que es inalterable y que está “más allá de toda comprensión”. No hay otro camino. Todos los fenómenos cambiantes de la vida, o mejor dicho, todas las novedades pasajeras del mundo, especialmente las experiencias que nos producen dolor, son para enseñarnos a mirar hacia adentro. Únicamente allí encontraremos el Reino de la Felicidad.

Si necesitamos un mayor incentivo, lo encontraremos en que sólo podremos enseñar a los demás el camino de la liberación cuando nosotros mismos lo hayamos encontrado. Por mucho que nos compadezcamos de nuestro hermano, por mucho que trabajemos para aliviar los males del mundo, no seremos verdaderos auxiliares, reformadores o maestros hasta que hayamos aprendido a recogerlos en el seno de esa paz eterna, donde podremos vislumbrarlo todo en su verdadera perspectiva, alcanzar la sabiduría y liberar el único poder capaz de convertirnos en verdaderos salvadores de hombres.

Cuando nosotros mismos hayamos encontrado y cruzado el portal, podremos guiar a nuestros hermanos, pero no antes. Si miramos los ojos de los grandes seres del mundo veremos en ellos una serenidad, una felicidad y una calma que nada puede perturbar. Ellos han entrado en el Jardín de la Felicidad y las tristezas del mundo no les alcanzan personalmente, por mucho que compadezcan a los demás.

¿Cómo alcanzar esto que todos deseamos?. Existen cinco principios esenciales, cuya consideración puede indicarnos el camino:

1.- Todo aquello que buscamos se encuentra en nosotros mismos.

Dejemos de buscar la felicidad en lo externo; por el contrario, tratemos de encontrar el corazón de nuestro propio ser, en el que únicamente yace la solución de los problemas de la vida y el camino de la felicidad y paz eternas.

2.- Es necesario tranquilidad absoluta para que la “Voz del Silencio” sea oída y la luz eterna que siempre brilla sea percibida.

Estamos siempre en presencia de Dios. Los planos espirituales más elevados no están alejados en el espacio, sino que están aquí mismo. La voz de Dios resuena siempre. No oímos Su voz, ni percibimos Su luz, porque estamos completamente absorbidos en nosotros mismos y nos aturdimos con nuestro

propio ruido. Esto se aplica igualmente al individuo y a las naciones. El que aspira a la vida espiritual debe retirarse de todo eso; no debe dejarse arrastrar por el torbellino de la vida humana moderna, ni dominar por las corrientes de pensamiento del mundo. De vez en cuando es bueno retirarse de todo esto y establecer dentro de uno mismo un centro de equilibrio y paz. Entonces se oirá la Voz, se percibirá la Luz y empezarán a afluir la gloria y la serenidad de los mundos superiores.

De modo que el silencio es el segundo gran principio. “Ten quietud y sabe que soy Dios”, dijo el salmista. Un poeta moderno ha dicho: “Qué raro es encontrar un Alma bastante tranquila para oír la voz de Dios”, y también: “Permanece tranquilo delante de tu Dios y deja que El te moldee”.

3.- En la quietud se producirá la expansión de conciencia.

Habiéndonos recogido en nosotros mismos, habiendo alcanzado la tranquilidad, concentremos nuestros pensamientos en la contemplación de las cosas eternas. Dejemos que Dios penetre más en nuestras vidas. Esforcémonos en alcanzar un concepto de Su gloria y en imaginar Su naturaleza. Entonces, nuestra conciencia se expandirá y nos encontraremos en El y le descubriremos en nosotros.

4.- Nuestros cuerpos deben purificarse, a fin de que puedan expresar la belleza, el esplendor, la expansión y la visión que nuestra meditación revele.

El cuerpo físico debe refinarse perfectamente. Los efectos hereditarios de comer carne en exceso y la rudeza general de las últimas generaciones han de eliminarse por medio de dieta y vidas puras. Un gran maestro ha dicho que nuestros cuerpos deben de estar libres ‘hasta de la más pequeña partícula de impureza’. La impureza física tiene su contrapartida en el cuerpo emocional y también en la mente; por consiguiente, es tres veces indeseable. Nuestras emociones han de ser igualmente purificadas y cultivadas; debemos refinar nuestra mente, dominar su tendencia a la separatividad, al egoísmo y a la crítica, y aprender a pensar en términos de unicidad. De esta manera los cuerpos sutiles se harán sensitivos, puros, bellos y translúcidos a la luz interna.

5.- La solución de todos los problemas se encuentra en la comprensión de la unidad de toda vida.

Ángel, hombre, animal, vegetal y mineral son todos uno. El mensaje que tenemos para el mundo, que ha caído en la “gran herejía” de la

separatividad, es el de la Unidad. Para transmitir este mensaje no necesitamos ser unos gigantes intelectuales capaces de escribir, hablar u organizar; porque, si tenemos un corazón recto y la actitud debida y nosotros mismos hemos alcanzado, en cierta medida, la comprensión de la unidad, todos podemos ayudar. Todos podemos transmitir el mensaje constantemente en nuestra vida cotidiana. Todo lo que necesitamos es caridad y un corazón puro, un determinado poder de concentración y una voluntad a la que no arredren los obstáculos.

Hemos de romper las ataduras del yo inferior separado y hemos de dedicar toda nuestra vida al servicio de nuestros hermanos. Una vez que hayamos vislumbrado la espléndida visión de la unidad de la vida, ningún dolor terrenal podrá lastimarnos. El gozo de trabajar con los grandes dirigentes y Maestros de la humanidad perdurará en nuestros corazones y brillará en nuestra mirada. Ellos nos ayudarán a desarrollarnos, a fin de que lleguemos a ser servidores más eficientes y más inteligentes. Mediante Su guía encontraremos la liberación y por Su poder guiaremos a la humanidad hacia la Paz.

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

